

Los niños hebreos

JUAN SERNA CRUZ

Adelantándose al grupo de los adultos, y corriendo entre ellos, los niños son los primeros en alegrarse por llegar a Jerusalén y terminar la peregrinación. Su emoción se vuelve griterío que contagia a todos. Al mirarlos, Jesús recuerda las peregrinaciones de su infancia (Lc 2, 42-44), y se deja rodear de estos niños que gritan de alegría.

Esta vez, sin embargo, algo es diferente: los niños lo contemplan subido al borriquillo y le alfombran el camino, adelantándose a la fe de sus mayores. En el grupo de Jesús, los niños van por delante; Él los hace testigos de su misterio: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino» (Mt 18,3).

La Pascua solo puede comenzar con mirada infantil. Ante todo, con un gozo que no mide sus expresiones ni las calcula. Cuando dejamos de ser niños, comenzamos a calcular los tiempos y los esfuerzos, a sopesar los riesgos y las amenazas. Para muchos, los niños son inconscientes, superficiales, pero Jesús los alaba por su capacidad de entusiasmo. No se puede empezar la Pascua con las emociones contenidas. No se puede subir a Jerusalén con los pasos programados.

Ante esta imagen tierna de Cristo, cabalgando entre vítores, los niños no perciben los recelos de los fariseos y los cuchicheos del Sanedrín; solo los anima la alegría de Cristo y su confianza. Es verdad que los niños no comprenden los sacrificios que otros tienen que hacer por ellos: a ellos solo les llega el amor y sus efectos. Solo cuando crecemos, llegamos a entender los esfuerzos que otros han hecho para protegernos y cuidarnos. Los niños perciben principalmente el lado amable del amor.

Los niños hebreos que aclaman a Jesús en su entrada en Jerusalén son una invitación a contemplar al Cristo alegre que se encamina glorioso y humilde a su pasión, y a descubrir el amor que triunfa por encima de los obstáculos. Los niños hebreos hacen fácilmente compatible el sacrificio y la alegría.



Los cristianos debemos escabullirnos entre los niños que acompañan a Jesús para compartir su fe espontánea y entusiasta. La Pascua es de los que son pequeños, de los que se alegran de la confianza de Cristo que avanza decidido, llevando en su corazón cada uno de los gritos de hosanna, con sus timbres y tonos distintos

Los cristianos debemos escabullirnos entre los niños que acompañan a Jesús para compartir su fe espontánea y entusiasta. La Pascua es de los que son pequeños, de los que se alegran de la confianza de Cristo que avanza decidido, llevan-

do en su corazón cada uno de los gritos de hosanna, con sus timbres y tonos distintos. La fe de los niños sostuvo el amor de Cristo en los momentos más oscuros de su entrega; también nuestro amor sostiene su sacrificio.

Domingo, 10 de abril de 2022

Carta de nuestro Obispo

Semana del amor entregado

erminamos el tiempo de Cuaresma, que ha sido un tiempo de reflexión, de oración, de gracia y conversión; y comenzamos la Semana Santa, un «tiempo especial de gracia y de conversión».

La Semana Santa sigue a los cuarenta días de la Cuaresma. En esta semana celebramos los misterios más importantes de la redención de los hombres, que Cristo vive como respuesta siempre fiel a los planes de Dios para salvar a la humanidad, a través de su pasión, muerte y resurrección.

Si para los cristianos la Cuaresma es un tiempo muy importante que tratamos de vivir con una intensidad religiosa especial, esta Semana Santa que comenzamos la vivencia de la fe más intensa, se multiplica por muchos enteros en la celebración de los misterios de la pasión, muerte y resurrección del Señor.

La Semana Santa es siempre, v debe ser así, para cada uno de los seguidores y creyentes en Cristo, un tiempo de interpelación y cuestionamiento a la luz de la entrega hasta el final de Cristo por todos nosotros y por nuestra salvación.

La entrega de Cristo es la respuesta a un doble amor vivido a tope y hasta el final por Él.

Respuesta de amor a la fidelidad a la misión recibida del Padre, que en su 2, 7), para que los hombres lleguemos a ser verdaderos hijos de Dios, que carga con los pecados de la humanidad entera para ganarnos a todos la salvación, que nos muestra que su relación con nosotros es, ante todo y sobre todo, una relación de amor, porque «nadie tiene mayor amor que quien da su vida por los amigos»(Jn 15, 14).

de nuestro corazón una oración «Graasí: cias, Señor, por tanto

amor, por tu entrega por nosotros».

Cuando nos postramos de rodillas ante Cristo presente en los monumentos de las iglesias en el Jue-



Participemos en las distintas celebraciones en nuestras iglesias y en las manifestaciones exteriores en nuestras procesiones

Ante tanto amor hecho entrega e inmolación por nosotros y por todos los hombres como se hace palpable y celebramos en las celebraciones de la Semana Santa, debemos quedarnos contemplando al «amor» con mayúsculas, que sin merecernos nada nosotros nos ha dado todo y se ha entregado hasta la muerte por nosotros.

Este amor por nosotros debe dejarnos extasiados ante la contemplación de una entrega tan grande solo por el amor que nos tiene.

Y, además de quedarnos admirados y extasiados por tanto amor de Cristo a cada uno de nosotros y a la humanidad entera, el sentimienves Santo y ante Cristo crucificado el Viernes Santo, cuando oímos y meditamos el relato de la pasión y muerte del Señor, hemos de decirle con el corazón: «Gracias Señor por tanto amor».

La Semana Santa, para el cristiano, no puede ser un tiempo que se aprovecha para irse de vacaciones a la playa y olvidarse de lo que celebramos los creyentes estos días.

Es un tiempo de vivencia profunda de la fe, de meditación de todos los acontecimientos más importantes de nuestra salvación.

Unámonos en estos días a la vivencia de todo el pueblo creyente, participemos en las distintas celebraciones en nuestras iglesias y en las manifestaciones exteriores en nuestras procesiones.

Que el amor de Cristo por nosotros nos ilumine y nos transforme, para que la salvación que Él nos ha ganado con su muerte y su resurrección sepamos vivirla en nuestra vida de cada día, muriendo al pecado y viviendo como verdaderos resucitados.

Que el amor de Cristo por nosotros nos ilumine y nos transforme

designio infinito de amor a los hombres, envía a su Hijo al mundo para hacerse uno más de nosotros, en todo semejante a nosotros menos en el pecado, para que con su muerte rescate del pecado y de la muerte a la humanidad y le obtenga la salvación, y todos participemos de su resurrección.

Respuesta de amor a los hombres, que llega hasta el extremo de entregar su vida, sometiéndose a la muerte, y una muerte de cruz (Flp to que surge en nuestro corazón, el sentimiento que experimenta el ser humano en lo más profundo de su corazón, es un sentimiento de gratitud, porque, sin nosotros merecerlo, Él pasó por el drama terrible de su pasión, el desprecio, la burla, la ensa y la entrega de su vida has-la última gota de su sangre por sotros.

Cada vez que contemplamos a Cris-Obespo de Comuerto en la cruz, tendría que surgir ofensa y la entrega de su vida hasta la última gota de su sangre por

to muerto en la cruz, tendría que surgir

Pedro y Juan, enviados a preparar la Pascua



Cenáculo en Jerusalén, el lugar de la cena

JUAN CARLOS TORRES TORRES

Había llegado el día de los ácimos y en las casas de los israelitas se estaban cociendo los últimos panes para la cena de Pascua. El olor a pan recién horneado se filtraba por las ventanas, otorgando a las calles bulliciosas de Jerusalén un aroma de hogar.

Su fragancia parecía infundir a la ciudad una sensación de paz y serenidad que disponía los ánimos para celebrar ese entrañable encuentro familiar en el que, un año más, se iba a renovar el vínculo espiritual, transmitido de padres a hijos, que liga a

cada generación con los protagonistas del primer éxodo.

La redondez imperfecta y la textura delgada de los panes, le conferían una impronta de sencillez y fragilidad, a la vez que de pureza y novedad. Unos años después, Pablo de Tarso vería en ellos un símbolo de la sinceridad y la verdad.

Habían sido elaborados sin levadura para conmemorar el acontecimiento por el que, siglos atrás, Dios liberó a Israel de la esclavitud de Egipto. La urgencia por la partida hizo que no tuvieran tiempo

para que el pan fermentara antes de ser horneado, y ese hecho los convirtió en signos de su liberación, en panes para alimentar la fe y la esperanza. Horas más tarde, en las manos de Cristo, recibirían la capacidad de comunicar su presencia y propiciar la comunión con su muerte y resurrección.

Jesús sabía que ésta era su última cena de Pascua, por eso quiso que todo estuviera especialmente dispuesto. Él, que tantas veces había atendido los ruegos y los favores de otros, era ahora quien expresaba una solicitud de ayuda y colaboración, encomendando a Pedro y a Juan encargarse de los preparativos. Esa misma petición sigue resonando hoy en nosotros, nuevos discípulos de Cristo, para que nos dispongamos a pasar, con él, de la muerte a la vida.

Pero, ¿cómo hemos de preparar esa mesa de la entrega para que todos se sientan invitados?, ¿cómo desprendernos eclesialmente de la levadura vieja, que nos dificulta ser transformados por la eterna novedad de su resurrección?

Pidamos la gracia de convertirnos en panes ácimos, abiertos para recibir la donación sin límites de Jesús y ser un solo cuerpo con él. Y hagámoslo con la pobreza de quienes sienten la necesitad de ser alimentados, con la esperanza de quienes confían recibir el don esperado, y con el deseo de quienes se saben incondicionalmente amados.





Volvía del campo al acabar mi jornada, oí jaleo y no pude frenar la curiosidad de acercarme a ver qué pasaba; había mucho gentío burlándose y lanzando improperios a un pobre hombre malherido que portaba a duras penas un pesado madero; pregunté y me dijeron que habían apresado al nazareno que tanto escándalo venía causando. Había oído hablar de ti, sentí lástima y pensé ¡qué pena terminar así, en la vida hay que ser cuidadoso con lo que se hace y se dice si no quieres acabar mal!

INÉS MARÍA LOSA LARA

Apenas podías caminar y caías a cada paso, pensé que en esas condiciones lo mejor sería morir antes de llegar al Calvario y ahorrarte sufrimiento. Sentí entonces una mano agarrándome y la voz de un soldado gritando que cogiera tu cruz y la lle-

vara detrás de ti. La lástima se hizo rabia, sabes que no me hizo ninguna gracia; «tengo mucha prisa y cosas por atender antes que acabe este día», dije sin éxito al romano que hizo ademán de sacar su espada si desobedecía. ¡Qué mala suerte la mía!

A la rabia se unió la vergüenza de verme rebajado a la altura de un malhechor, ahora yo también era motivo de desprecio sin haber hecho nada. Agarré la cruz, bajé la cabeza y eché a andar. Al peso del madero también se fue sumando el de mi mediocridad. Vi un grupo de mujeres que se atrevía a acompañar llorando nuestro paso, también vi a algún otro que parecía también seguirnos ocultándose entre la gente como para no ser reconocido. Caíste varias veces más delante de

mí y un inicio de compasión hacia ti fue equilibrando el peso de tu cruz, haciendo que resultara más pesada mi propia vida que el madero.

Volviste a caer, esta vez a la altura de mis pies; fue entonces cuando me encontré con tu rostro, mirándome con una ternura que jamás nadie me había dedicado. Me dejé mirar, creí, lloré y pedí que perdonaras mis pecados y omisiones, descansé toda mi vida en ti, y tu amor dio sentido al encargo de llevar tu cruz. Seguí caminando detrás de ti hasta el lugar en el que te crucificaron. Permanecí cerca, en silencio, hasta el momento de tu muerte, después me retiré con tristeza y sin entender aquel final. Aún tendrían que pasar varios días hasta que llegase el tiempo de empezar a comprender, el tiempo de la misión.

El centurión

JUAN MANUEL DEL HIERRO RODRIGO

Junto a la de Pablo de Tarso, la conversión de este soldado al servicio de Roma es de las más llamativas del Nuevo Testamento. Longinos era un soldado que según la tradición se hizo a sí mismo desde su condición de esclavo, a la que se sometió voluntariamente para salvar a su padre, hasta alcanzar con posterioridad el grado de centurión. Tenía un marcado carácter y dotes de mando. De grandes convicciones y con experiencia, estaba bien formado y preparado para su oficio de militar. Quién iba a decir que fue elegido por Dios para dar el primer testimonio sobre el Hijo a los cristianos y a los paganos de su época.

Ese día, al mando de la tropa en el Gólgota, iba a llevar a cabo una crucifixión de tres malhechores. Una más de tantas entre las muchas que había presenciado. ¿Realmente fue para él aquella crucifixión una más de tantas? Con eficacia militar quiso acabar rápidamente el trabajo. Los soldados a sus órdenes ejecutaron la sentencia hasta después de la muerte: «Pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado...» (Jn 19, 32-34).

La primera profesión de fe en Jesús no la hace un judío sino un hombre de milicia: «Al ver todo lo ocurrido, daba gloria a Dios, diciendo: Realmente, este hombre es justo» (Lc 23, 47). Así, mediante el Hijo que sufre, estos militares que están allí, reconocen al Dios verdadero, al Dios de la paz (Heb 13, 20). «El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrorizados: Verdaderamente este era Hijo de Dios» (Mt 27,54; Mc 15,39).

Lo acontecido en el Calvario enfrenta la conciencia personal del militar a la ejecución de una orden. A ellos les tocó por su profesión ejecutar la injusta sentencia de Pilato. Pero el cumplimiento del deber no les impide el reconocimiento de la inocencia del crucificado y lo extraordinario de su persona. Son



El Calvario, obra anónima de finales del siglo XV. Óleo sobre tabla que se conserva en el Museo del Prado

actitudes y valores inherentes al mundo castrense de todos los tiempos: valentía, justicia, compasión y también el compañerismo, la humildad, el sacrificio, la generosidad... en resumen: el amor a los demás. Estas virtudes militares humanas serán redimensionadas por la gracia salvadora del encuentro con Jesús.

La historia de la Iglesia muestra cómo la llamada a la santidad del Evangelio ha sido asumida y vivida de manera valiente y ejemplar por cristianos pertenecientes a la milicia: soldados santos. Tampoco han faltado personas santas que en alguna época de sus vidas vistieron el uniforme del ejército: santos que fueron soldados.

Dice la tradición que Longinos veía mal, y que al extraer la lanza del costado de Cristo la sangre y el agua le salpicaron en el rostro, recuperando totalmente la visión. Qué paradoja santa supone el encuentro de cada uno de nosotros con el Señor. Pablo quedó ciego, Longinos recuperó la vista. Que el ejemplo de este soldado nos ayude en estos días santos a ver con nuevos ojos el mensaje de Jesucristo ayudados por la oración.

Las mujeres que ven dónde colocan su cuerpo



Tabla hispanoflamenca de Santa María la Mayor de Alcázar de San Juan que representa la sepultura de Jesús. Se conserva en el Museo Diocesano

PILAR SÁNCHEZ OROZCO

Las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea lo acompañaron hasta la muerte. Son pocas las palabras que el Evangelio nos refiere acerca de ellas, pero allí estuvieron, presenciándolo todo. Y aunque fue desde lejos, sus corazones estaban muy cercanos y unidos espiritualmente al corazón de su maestro. En su presencia discreta y silenciosa, vemos un gran anhelo por acompañar y consolar al amor abandonado. Desde el dolor de su propia impotencia, estas valientes mujeres no vuelven su rostro ante el espanto, buscan

al menos acariciar, con la ternura de sus miradas, a su Cristo crucificado, y ofrecer el consuelo de su frágil amor al que por amor entrega su vida para nuestra salvación.

Frente al desprecio de la vida, la violencia, la insensibilidad y la dureza de corazón, las mujeres mantienen con dignidad su vocación, la de «ver con el corazón». Por eso mismo, tras la muerte de Jesús, estas mujeres, siguen en una disposición de atención, observándolo todo, y ahora desde más cerca, para fijarse donde está el sepulcro en el que colocan el

cuerpo de Jesús. Pero, son también mujeres pacientes y respetuosas de la tradición; así en el descanso sagrado del sábado, ellas no olvidan a Jesús, sino que reavivan el recuerdo de su amor preparando aromas y ungüentos, materiales y espirituales. El aroma de su oración y el ungüento del espíritu que las une con su Señor las conducirá a un nuevo encuentro. Así, el Señor les concedió ser las primeras en recibir el anuncio de su resurrección, y desde su íntima experiencia transmitirán el misterio de la presencia viva del amado, aunque también en su destino estará el ser menospreciadas e incomprendidas.

En la mirada de estas mujeres nos sobrecoge su fidelidad, su amor y su esperanza. Con esta triple actitud nos están invitando a que nuestra oración sea hoy también una total apertura de nuestro corazón a ese encuentro íntimo con el Señor, a permanecer fieles, a recibir su amor, y a ofrecerlo, lleno de consuelo, a nuestros hermanos que hoy siguen padeciendo. Nos están llamando a recuperar ese encuentro íntimo con el sufrimiento de Dios y con el sufrimiento de los hermanos, que no es sino uno y un mismo sufrimiento, el del amor que no es amado. Pero, esto vivido, al mismo tiempo, con esperanza y con la confianza profunda de que el Amor ha vencido y nos posibilita abrirnos a una luminosa vida resucitada, ya desde cada instante de nuestro presente que atraviesa la eternidad que Dios nos regala.



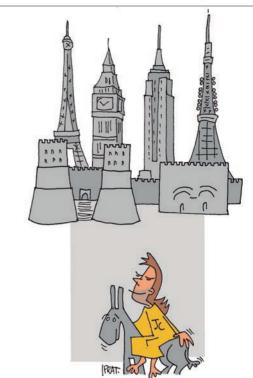
El Descendimiento, obra de Roger van der Weyden de la primera mitad del siglo XV. Se conserva en el Museo del Prado

Puedes ayudar al pueblo ucraniano a través de Cáritas Diocesana de Ciudad Real por medio de los siguientes cauces, indicando en el concepto *Cáritas con Ucrania*:

• En caritasdcr.es

UNICAJA ES26 2103 0439 62 0030454469 GLOBALCAJA ES66 3190 2082 22 2009712221 CAIXA ES35 2100 6259 16 1300031838

• A través de BIZUM con el número 33610



La gente extendía sus mantos para que Jesús pasara montado sobre un burro y alababan a Dios cantando Hosanna...

Comentario: Jesús entra en Jerusalén, Nueva York, Londres, París y Tokyo... y trae un hosanna de liberación.

Para la celebración Por María José Navarro Vela

Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

Moniciones

- ENTRADA. Vamos a iniciar la eucaristía en este Domingo de Ramos, el gran pórtico de la Semana Santa. Jesús va a consumar su entrega y, por tanto, la redención del género humano tal y como Dios Padre desea y pone en las manos de su Hijo unigénito.
- 1.ª LECTURA (Is 50, 4 7). «No me tapé el rostro ante los ultrajes, sabiendo que no quedaría defraudado».
 La primera lectura, tomada de libro de Isaías, nos muestra al Señor siempre cerca del que sufre.
- 2.ª LECTURA (Flp 2, 6 11). «Se rebajó, por eso Dios lo levantó sobre todo». En este fragmento de la Carta a los Filipenses, san Pablo nos invita a realizar toda acción desde la más profunda humildad. Y como ejemplo: Cristo.
- EVANGELIO (Lc 22, 14 23, 56). «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». La Pasión. Cualquier palabra sobraría para llegar a comprender el mayor acto de amor que pueda conocer la historia.
- **DESPEDIDA.** Digamos también nosotros a Cristo: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el rey de Israel! Preparemos el camino, pero no con mantos, sino con los anhelos de nuestro corazón. Jesús nos invita a que permanezcamos unidos como los habitantes de Jerusalén ante su llegada.

Oración de los fieles

- **S.** Con la confianza puesta en Dios Padre y unidos en la fe, presentemos nuestras súplicas:
- Por la Iglesia: para que, viviendo en la fe el misterio de la Pasión, recoja del árbol de la cruz el fruto de la esperanza. Roguemos al Señor.
- Por los países que viven en conflicto: para que, al mirar a Cristo en su cruz, descubran lo que significa el perdón que lleva a la paz. Roguemos al Señor.
- Por los jóvenes: para que sepan responder con generosidad a la llamada del Señor. Roguemos al Señor.
- Por nuestra comunidad: para que la fuerza de la palabra que escuchamos y la gracia del sacramento que celebramos nos alienten a dar una respuesta intensa para extender el Reino de Dios. Roguemos al Señor.
- **S.** Escucha, Padre, la oración de tu pueblo, que conmemora la Pasión de Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Cantos

Entrada: Qué alegría cuando me dijeron (CLN/525) Salmo R.: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (LS) Ofrendas: Te ofrecemos, Señor (CLN/H2) Comunión: Eres madre dolorosa (CLN/340) Despedida: Victoria tu reinarás (CLN/106)

Salterio y Lecturas bíblicas para la semana

II Semana del Salterio. Lunes Is 42, 1 – 7 • Jn 12, 1 – 11 Martes Is 49, 1 – 6 • Jn 13, 21 – 33.36 – 38 Miércoles Is 50, 4 – 9a • Mt 26, 14 – 25 Jueves Éx 12, 1 – 8. 11 – 14 • 1Cor 11, 23 – 26 • Jn 13, 1 – 15 Viernes Is 52, 13 – 53, 12 • Heb 4, 14 – 16;5, 7 – 9 • Jn 18, 1 – 19, 42